

SEPARATA DEL LIBRO “POLENTA” de Mauricio Belmonte Pijoán



El destacado fotógrafo de San Remo, Luís Gismondi. Archivo: Graciela Gismondi, 2006.



La numerosa familia Gismondi Morán. Archivo: Graciela Gismondi, 2006.



El pequeño Cesar Gismondi, hijo de Luís Domingo, en la intersección de las avenidas Arce y 6 de agosto. Archivo: Graciela Gismondi, 2006.

EL ESTUDIO FOTOGRÁFICO DE GIMONDI

No bien Luís Domingo traspasaba el umbral de su casa –últimamente lo venía haciendo después de ausentarse por largos meses viajando en lomo de mula o recorriendo a pie distancias astronómicas cruzando todo lo ancho y largo del territorio boliviano– que Inés se hallaba esperando otra criatura. Parece que no eran suficientes los llantos y berrinches que armaba la media docena de niños que la pareja había procreado. El hábil fotógrafo de San Remo diseminaba sin inconvenientes su semilla paterna ante el consentimiento silencioso y cómplice de su mujer. De esta forma, la familia Gismondi Morán crecía a pasos desorbitados –en total tendrán trece hijos– mientras Luís Domingo optaba nuevamente por armar su equipo fotográfico y partir sin decir nada con rumbo desconocido. Al fotógrafo le gustaba registrar todo o casi todo lo que se le ponía al frente. Su vieja pero noble cámara de fuele capturaba precisa las imágenes de los diversos paisajes que visitaba, la mayoría de las veces recónditos e inaccesibles a la mano impertinente del ser humano. Allí, ante la mirada desconfiada y sigilosa de las aves y animales que poblaban la zona, el hombre mudaba de forma para hacerse artista. Solamente había que dejarlo actuar en esos escenarios naturales donde tan cómodo y a gusto se encontraba. Sus manos adquirirían total autonomía en el preciso momento en que debía armar su equipo de trabajo. La mente, despejada y serena, se concentraba en la disposición de la luz y en las dimensiones que presentaba la imagen que deseaba fotografiar. Así, con el trípode rígido y la cámara apuntando certera hacia el objetivo señalado, Luís Domingo disparaba con la eficacia y seguridad de quién conoce su trabajo. Los resultados de estas extravagantes excursiones por montes, llanuras, páramos, aldeas y ciudades se exponían en el estudio de la calle Yanacocha No. 95. Sitio idóneo, se encontraba prácticamente insertado en el centro histórico de la ciudad de La Paz, para instalar el taller estudio y la tienda de ventas de accesorios fotográficos que venían funcionando desde 1907¹.

Luís Domingo amaba la fotografía y nada lo hacía más feliz que registrar la vida en imágenes. No en vano aprendió el oficio de sus hermanos mayores, Stefano y Giacinto, cuando la familia entera residía en Lima. Motivado por los avances conseguidos en las prácticas diarias, y entusiasta por perfeccionar sus conocimientos básicos, el joven Luís Domingo conseguirá trasladarse nuevamente hasta Italia para continuar sus estudios en Florencia. Con una idea mucho más clara y concreta sobre lo que pretendía hacer en su vida, el último de los hijos de Pietro Gismondi, regresa al Perú para poner en funcionamiento los nuevos conceptos y técnicas asimiladas en Europa. Lo primero que se le viene a la cabeza es organizar un estudio fotográfico.

¹ Ibid., p.1091.

Sin perder más tiempo, va en búsqueda de su hermano Giacinto decidido a transmitirle la idea, ambos terminarán aplaudiendo la iniciativa. Después de todo, no resultaba para nada descabellado buscar su propio horizonte laboral lejos de la presencia familiar. Además, tenían el aval de su talento y no les faltaba fuerza y voluntad. Eran jóvenes y el mundo se les abría por delante. Entonces, con las puertas abiertas hacia un futuro promisorio, los dos hermanos deciden marchar hasta el Cuzco aprovechando, como pretexto válido, que su padre debía comprar una mina en aquella montañosa región peruana. De esta forma, Giacinto y Luís Domingo inauguran sin preámbulos la Galería Artística Gismondi Hermanos. Si bien el negocio no marchaba a pedir de boca, el trabajo no faltaba y, de a poco, los hermanos italianos se hacían conocer por aquellos parajes. Por supuesto que Luís Domingo no podía con su genio, y en un acto espontáneo decide recorrer las provincias para saciar la ansiedad que lo carcomía por dentro. Viajando en lo que podía o encontraba a la mano, el fotógrafo se interna por diferentes poblados en el centro del Perú. Los valles templados que le salían al paso eran pintorescos y la humildad que ofrecía la gente mestiza de aquellas comarcas le invitaba a desglosar su ingenio y carisma. Es por ello que no tardará en dar con el paradero de Inés, en ese entonces una joven arequipeña que supo cautivar con su esbeltez al aventurero italiano. Los enamorados prolongan el idilio y las jornadas de fantasía al fijar día y hora para la boda. A las once de la noche de 15 de junio de 1901 se consuma el matrimonio en la ciudad de Arequipa.

Aunque casado y con hijos pequeños, Luís Domingo continúa viajando de un sitio para otro. Era común, por ese entonces, hallarlo tanto en el Perú como en Bolivia. Sus días y los días de su familia transcurrían agitados gracias a las actividades que venía desarrollando. Y es precisamente en uno de sus muchos viajes que conoce a la distinguida figura del presidente boliviano José Manuel Pando. Algo, a parte de la providencia quizás, habrá mediado para que ambos personajes se conocieran, ya que las afinidades se impusieron ni bien se había iniciado la charla. Pando gustaba de la aventura y la expedición por lugares desconocidos, se sentía libre y su espíritu volaba extasiado cuando visitaba el campo. Ni qué decir del fotógrafo italiano que parecía desplegar alas cuando le hablaban de estos temas. Así, los dos prolongan la conversación más de lo debido, hasta que el mandatario acaba asombrado por la sagacidad y confianza que exhibía Luís Domingo. Motivado por la buena impresión que le dejaba la figura amena del ligur, lo premia nombrándolo fotógrafo oficial de la presidencia. De allí para adelante crecerá el prestigio de la familia Gismondi en territorio boliviano.

Se abren las puertas del estudio

En 1907 la ciudad de La Paz anhelaba, y con premura, albergar la mayor cantidad de negocios y establecimientos comerciales de primer nivel. Quería estar a la par de las grandes capitales de Sudamérica y por ello prestaba complaciente sus calles y avenidas para instalar tiendas y almacenes de renombre. Luís Domingo, avisado y veloz como un lince, aprovecha el contexto para abrir el estudio fotográfico con la confianza de poseer un *curriculum vitae* envidiable. Nadie más había fotografiado a tantos personajes de cuna y procedencia diferente y sólo él se podía jactar de haber recorrido Bolivia de arriba para abajo. En el concurrido estudio cientos de imágenes distintas se hallaban empotradas en las paredes. Los rostros graves de los presidentes estaban expuestos al lado de las imágenes serenas y taciturnas de los indígenas bolivianos o de la mirada ausente de algún mendigo ciudadano. El local también ofrecía postales de naturaleza salvaje y cuadros de ensueño que sólo el lente mágico de Gismondi podía captar. Luís Domingo veía satisfecho cómo sus arcas crecían día a día y con ese capital podrá adquirir en 1927 las propiedades de San Remo que su padre había vendido años atrás. Allí obtuvo provecho de los árboles de olivo que le prodigaron aceite y más dinero. Este genial e inimitable artista italiano muere en la década de los años cuarenta, dejando un testimonio indestructible de su obra en Bolivia.